



piraciones, tumultos, y hasta la desercion de sus más allegados; en premio del acrecentamiento que proporcionó á España, de las riquezas que le dió, de los adelantos y progresos de que fué causa, Colon tuvo que sufrir rebeliones, deserciones, destitucion, cadenas, miseria y calumnias. Moisés deseaba ver á Dios, así como habia tenido la dicha inefable de oírle y hablarle; Colon ambicionaba descubrir las maravillas de sus obras, conocerlo por medio de ellas, así como sentia en sí su omnipresencia. Moisés aspiraba á conducir su pueblo á la tierra prometida; Colon á facilitar á las naciones el acceso al Santo Sepulcro. Ni el uno ni el otro alcanzaron el objeto de sus afanes; pero sus nombres se perpetuarán hasta la consumacion de los siglos.

Las maravillas realizadas en favor de Colon y testificadas por la historia, contribuyen á hacer creibles, hasta á los filósofos de buena fe, los milagros de que fué objeto el pueblo de Dios en una época en que los signos materiales y decisivos reemplazaban la autoridad de la palabra de gracia y de amor, que despues se manifestó en el Evangelio.

Lo colosal de sus trabajos y empresas, lo atrevido de sus investigaciones, las extrañas coincidencias y los signos tan palpables del auxilio que recibió de lo alto y la majestuosa energía de su lenguaje, lo hacen remontarse á la edad heroica de los tiempos primitivos, y parecería una figura emblemática si su ternura evangélica y ardiente catolicismo no lo acercasen tanto á nosotros. Colon, en medio de sus funciones administrativas y marítimas y de la multitud de negocios diferentes que lo rodeaba y que, á las veces, absorben la vida entera de un hombre sin dejar á su alma ni un instante para ocuparse de las cosas eternas, no cesó de obrar como si estuviese en la presencia de Dios. Por esta causa excedió su virtud del nivel de las fuerzas humanas, y pudo elevarse y mantenerse en esa altura en que la gracia de Dios solamente sostiene la flaqueza y debilidad de los mortales. Así, pues, al analizar la vida del heraldo de la Cruz sometiendo al análisis de una crítica escrupulosa sus hechos é intenciones, se llega forzosamente á reconocer en él una vir-

tud tan sólida y arraigada que parece formar parte de su misma sustancia, pero de tal modo, que en vez de calificarla con el prodigado nombre de virtud, mueve á darle el de santidad.

No han llegado al cielo todos los santos por la misma vía, porque así como hay muchas mansiones en el reino celestial, así tambien hay muchos caminos para alcanzarlo.

Viviendo en el siglo, no podia el almirante limitarse á la oracion, á los oficios del coro, á las mortificaciones, al perfeccionamiento interior, en fin, como los eclesiásticos, pero se esforzó en imitar su espíritu de abnegacion, su celo por el servicio de Dios y el bien del prójimo en el ejercicio de sus cargos públicos, hasta un punto tal que, más de una vez, se vieron comprometidas su autoridad y su vida por la evangélica mansedumbre á que siempre quiso circunscribirse, aun en medio de gravísimos peligros, sin que nunca, por inminentes que fuesen, hiciera derramar una gota de sangre; Colon, ántes de dominar á los demas, quiso dominarse á sí mismo, y su imperio sobre la impetuosidad natural de su carácter prueba la perseverancia con que se combatía. Fué dulce y humilde de corazón, demostrándolo especialmente á la vuelta de su primer viaje, cuando léjos de atribuirse algun mérito por ello, sólo manifestó extrañeza de haberlo realizado con tanta facilidad, y atribuyó al Señor su victoria; llegando á ser tan grande su modestia, que nunca quiso imponer su nombre á ninguna tierra ni bajel, en tanto que sus tenientes daban los suyos á sus carabelas (1). Pero en lo que más se advierte su evangélica dulzura es en la manera como trataba á sus inferiores, segun el mundo, con los cuales es notorio que departía familiarmente á ejemplo del Divino maestro con los niños. Los enfermos eran para él objeto de especial predileccion; y llevaba á tal extremo el olvido de las ofensas (2), el perdon á sus anemigos que abogaba,

(1) Entre otros Vicente Yañez Pinzon.

(2) Hé aquí la manera que Colon tenía de censurar á aquellos que, con sus manejos, entorpecian sus expediciones: «Que Nuestro Señor perdone á los que contrarian y han contrariado tan provechosa empresa,



sufria y pagaba por ellos. Su adhesion inquebrantable á la fe católica, y su previsora solitud por el pontificado, no tuvieron rival ni aun entre los miembros de la santa Iglesia romana; y en medio de la indiferencia con que miraba su gloria personal, en tanto que descuidaba describir y dar á la estampa, con el objeto de transmitirla á la posteridad, la historia de sus descubrimientos, redactaba espresamente para el soberano pontífice la relacion de sus cristianas expediciones. Bueno será tener en cuenta que esto no lo hizo Colon por ningun rey, para comprender mejor que nunca le movieron consideraciones humanas. El grande y ardiente deseo que tuvo Colon de libertar el Santo Sepulcro para que todas las naciones de la tierra honrasen la tumba del Salvador, ¿no es propio de un héroe del Evangelio? Sus nobles proyectos y conquistas ni alteraron el fervor de su devocion á la Santísima Virgen, de cuyo culto era devotísimo, ni tampoco entibieron su amor filial á San Francisco, el glorioso fundador de la orden que le dió el primer socorro y el primer asilo; y si los testimonios de su religiosidad y pureza no estuviesen tan patentes en todos los hechos de su vida ejemplar, sus relaciones familiares con los más doctos y piadosos eclesiásticos de su tiempo bastaria para demostrar el estado de perfeccion en el cual pedia á Dios la gracia de servirlo. Y este conjunto de aspiraciones, de cálculos desinteresados, de empresas cristianas, de acciones piadosas, forma un concierto de tal naturaleza, que no es posible hallar en la vida del siglo otro cristiano tan grande por la fe, la constancia en la adversidad y la resignacion en la voluntad suprema.

Pero lo que demuestra con más claridad todavía que el revelador del globo no era solamente un hombre elegido por Dios para descubrir el Nuevo Mundo, sino que, agradable á los ojos del Señor, caminaba con paso firme por la senda estrecha, es que, terminada su mision, continuó socorriéndolo. Los favores ce-

se oponen á que se lleve á buen fin. » *Relacion del tercer viaje á los Reyes Católicos.* Traducción francesa de los Sres. Verneuil y la Roquette.

lestiales se multiplican con los trabajos del heraldo de la Cruz; cuanto más avanza en años, más adelanta en perfeccion y más se dejan sentir en él los auxilios divinos; y esta accion cooperadora de la divina Providencia no sólo es manifiesta á Colon, más tambien á cuantos la observen con ojos hechos para la luz. Y á medida que, robustecido por el favor del cielo, se siente capaz de grandes sufrimientos, vienen sobre él en gran número, multiplicados y proporcionados á su grandeza de alma, sin que por muchos y repetidos que sean le arranquen una queja. Su ánimo para sufrir inmenso como su amor, su tranquilidad de espíritu, inalterable hasta el postrer momento, su angélico reposo en la agonía, sus palabras al Altísimo ántes de morir, el principio prodigioso y el fin edificante de su vida, todas estas cosas juntas ¿no parecen indicar en Colon un predestinado? Además, Colon poseyó de una manera visible las tres virtudes teologales, practicó sin interrupcion las cuatro virtudes cardinales, y pareció gozar de los siete dones del Espíritu Santo; en él hallamos á Dios admirable, como siempre lo es en sus santos, y sería difícil suponer que el adorador en espíritu y en verdad, el contemplador del Verbo, el hombre de misericordia que perdonaba á sus enemigos, hasta á sus verdugos, que vivió pobre en medio de las riquezas que, á tan poca costa, hubiera podido atesorar, que el heraldo del rey de los cielos, objeto de tantas mercedes de Dios, no se halle entre sus elegidos en la gloria, despues de haberlo sido tan evidentemente en la tierra.

A no haber leído los capítulos anteriores, y sólo teniendo en cuenta el presente, diríase que tratamos de la historia de un bienaventurado, de un Santo.

Advertimos, sin embargo, que aquí se emplea la palabra *Santo* del único modo que la puede usar un católico al aplicarla á quien no ha sido canonizado por la Iglesia, esto es, como figura retórica y á falta de una expresion más exacta; y que, cuando decimos que Cristóbal Colon es Santo, entendemos por ello que el mensajero de la cruz se halla, como personaje histórico, en la posicion de un héroe del Evange-



lio, de un gran servidor de la Iglesia, acerca de cuyos méritos ésta no ha pronunciado fallo alguno. Muchos grandes prelados, mártires, fundadores de órdenes religiosas y santos ilustres han permanecido temporalmente en situación análoga, esperando el día de su canonización. Tal vez se sorprendan y escandalicen algunos del atrevimiento de nuestras palabras; pero á los que tal cosa suceda, podemos decir de una manera terminante que no extrañarán ni al augusto jefe de la cristiandad, ni á los príncipes de la Iglesia.

Porque cuando no há mucho, en Roma, exaltamos la pureza de Colon y le tributamos grandes alabanzas, nuestra voz fué benévolamente acogida en las elevadas regiones del pontificado. El inmortal Pío IX, el primer pontífice que haya surcado el Océano y vivido en las tierras descubiertas por Colon, conoce su profunda piedad, su mision providencial y las simpatías de la Santa Sede por su gloria; el Sacro Colegio lo honra, y el recuerdo de su nombre famoso se conserva en la Ciudad Eterna, que no puede olvidar estuvo en relaciones epistolares con tres papas sucesivos; que despues de su muerte otros tres papas, Leon X, Gregorio XIV é Inocencio IX aceptaron las dedicatorias de libros, en los cuales se trataba del espíritu divino que llenaba á Colon; que, á ejemplo de los pontífices, protegió su fama los cardenales, y que éstos, en diversos tiempos, supieron inspirar y recompensar los poemas que publicó la Italia en elogio del cristiano esclarecido que á la sazón casi no conocia el mundo. También los franciscanos de Roma han dado asilo á su esclarecida memoria, y no parece sino que la amistad que en vida le profesó el P. Marchena se trasmitió á toda la Orden Seráfica. Además de los franciscanos, los Menores conventuales, los padres de la Observancia, los Capuchinos y Dominicos le permanecen fieles, y no sería difícil hallar, entre estos últimos, más de un fray Diego de Deza para defenderla, empezando por su vicario general en Francia, el M. R. P. Jandel.

Así, pues, no vacilamos en repetirlo: el heraldo de la Cruz, ocupa respecto á la Iglesia la posición espectral de un bienaventurado antes de su canonización. Y llegará sin duda un

día en que la virtud superior que Dios hizo brillar en el mensajero de la salud sea proclamada solemnemente por el vicario de Jesucristo, añadiendo la Iglesia un título á los nombres tan maravillosos y significativos que llevaba el elegido de la Providencia. Á la Iglesia toca, en tiempo oportuno, decidir en su sabiduría acerca de este punto. La aureola de la santidad sería la única corona digna de ceñir la frente venerable del patriarca del Océano.

Mas no faltará quien diga: un santo hace milagros, los milagros son, por excelencia, los signos de la santidad, y Colon no los ha hecho. Á esto contestaremos: además de los prodigios á que dió cumplimiento en vida, ha hecho milagros despues de muerto, y no dudamos en manera alguna de que, en circunstancias dadas y autorizado para ello, pueda, al cabo de tres siglos, hacer otros nuevos.

Á principios de Abril de 1495 visitó Colon, por segunda vez, en la Española, los llanos de Vega Real, en los cuales el año anterior, admirado y sorprendido de su hermosura, admirado y sorprendido de su hermosura, bendijo á Dios y le dió gracias al frente de sus tropas por haberle mostrado el camino de lugar tan delicioso. Despues de la sumisión de Guarionex, soberano de aquel territorio, alcanzó el almirante en las capitulaciones que se hicieron autorización para construir una fortaleza á la entrada de la Vega, y queriendo al mismo tiempo rendir allí homenaje al signo de la redención, dispuso que el capitán Alonso de Valencia fuese con veinte hombres, de mar (1) los más de ellos, y abatiese un árbol de magníficas proporciones que habia escogido para formar con él una cruz de hasta diez y ocho ó veinte palmos de altura. La cual fué plantada por mano del mismo almirante en una colina al pié de las montañas que dominan mejor y por el punto más pintoresco la Vega Real.

Colon aplicó luego su innato talento de ingeniero á la construcción de la fortaleza, que debia ser de importancia bajo el punto de vista estratégico entendido por él; y con este motivo residió algun tiempo en aquel sitio, al cual

(1) Oviedo y Valdés, *Historia natural de las Indias*, lib. III, cap. V.



habia impuesto el nombre de la Inmaculada Concepcion, con el que tambien se designó la fortaleza y toda la comarca. Mientras duraban los trabajos, como no tenía á su lado ningun sacerdote, Colon iba diariamente dos veces á hacer sus oraciones al pié de la Cruz, con los operarios y soldados; y así como el salmista buscaba al Señor y admiraba sus obras en medio de la noche (1), así, tambien, el almirante solia encaminarse en dirección de la colina á la incierta luz de las estrellas, y al pié de la Cruz, emblema de la eternidad, se abismaba en contemplaciones inefables á la vista de los astros, que gravitando armoniosamente en el éter, hacian en su espíritu el efecto de una melodía de coros celestiales. Su intuición de las cosas místicas se dilataba, sin duda, protegida por aquel signo que, con fe y piedad tan sinceras habian puesto sus manos. Recordamos en la historia que el inmortal español San Ignacio de Loyola, hallándose en oración al pié de una cruz, colocada en el camino de Manresa á Barcelona, «vió con tan gran claridad cuanto habia conocido de la religion que las verdades de la fe le parecieron ya evidentes» (2). Algo muy semejante debia acontecer á Colon en la Vega, cuando tanta predilección le mostraba, á pesar de la vida molesta de campamento que necesariamente hacia en ella. De todos los puntos de la isla fué siempre la Concepcion el que más le agradó y en el que vivió más largo tiempo: allí no tenía ni familia, ni sociedad, ni comodidades de ninguna especie; pero en cambio recibia sublimes compensaciones. Por eso le vemos volver á la Concepcion apenas regresa de su tercer viaje, y tranquiliza las turbulencias movidas por Roldan, pasando en la Vega largos meses consecutivos hasta que desembarca Bobadilla para destituirlo. Y como en aquellos sitios, segun dice él mismo, habia invocado á la Santísima Trinidad, quiso consagrarlos con la erección de una iglesia en la que debian celebrar-se tres misas diarias: la primera, en honor de la Santísima Trinidad; la

segunda, de la Inmaculada Concepcion, y la tercera por los difuntos (1). Despues, cuando el revelador del globo, en recompensa de sus nuevos descubrimientos, quedó privado de su gobierno y prisionero, los castellanos, á su ejemplo, continuaron acudiendo á orar al pié de su cruz, que implorada un día con gran fe, hizo el milagro de curar á unos calenturientos que la tocaron. Cundió la nueva del prodigio por toda la comarca, acudieron otros cristianos enfermos, y no pocos sanaron; por lo cual fué llamada *la verdadera cruz*, para diferenciarla de las otras cruces que no hacian milagros. Su nombre y maravillas se extendió entre indios y españoles, y aquéllos, oprimidos por éstos desde la llegada del nuevo gobernador Bobadilla, al comprender la veneración de sus dominadores hácia este signo sagrado, para herirlos en el corazón, resolvieron destruirlo. Al efecto acudieron en gran número al lugar de la cruz, ataron á su tronco cuerdas de bejuco, y se «esforzaron por arrancarla, tirando de ella; pero jamás la pudieron mover de aquél lugar» (2). Humillados por ello, intentaron destruirla con el fuego: allegaron durante la noche multitud de haces de leña seca, los apilaron al rededor de la cruz, y cuando ya la sobrepujaban en altura, les prendieron fuego. Estalló el incendio con violencia extraordinaria, desapareciendo la cruz en medio de un torbellino de llamas y humo, con lo cual se dieron los idólatras por satisfechos, y se retiraron con sus sacerdotes, los *bohutis*; pero, al siguiente día, no bien amaneció, pudieron ver que la cruz permanecía entera y perfectamente conservada, elevándose majestuosa sobre un montón de tibia ceniza.

La cruz nada habia perdido de su color natural, «como no fuese al pié, que estaba un poco ennegrecido, cual si se le hubiese aplicado una luz» (3). Aterrados los indios entónces del poder milagroso de la cruz, huyeron, temiendo

(1) Testamento y codicilo del almirante, etc. Valladolid, 19 de Mayo de 1506.

(2) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general*, etcétera, lib. III, cap. V.

(3) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint Domingue*, título I, libro VI, p. 479

(1) Psal. 118.

(2) El P. Bouhours, *Vie de Saint Ignace*, lib. I, página 39, edición en 4.º francés.



algun castigo, porque ya la consideraban cosa celestial; pero la cólera de sus *bohutis* los hizo volver á la carga, y armados de sus hachas de piedra, y de los cuchillos que se habian proporcionado en los trueques con los de Castilla, vinieron de nuevo sobre la cruz. Mas la madera les opuso una resistencia inesperada é increíble, y además notaron que, no bien habian cortado un trozo, se reponia (1), y tenian que comenzar de nuevo su trabajo. Entónces cedieron de su empeño, y se prosternaron confundidos, adorándola (2).

Hay que agregar á estos prodigios otro permanente y visible á todos, y cuya evidencia se aumentaba cada año: el de la conservacion perfecta de la madera de la cruz, sin estar cubierta del menor preservativo contra la influencia de la humedad y del calor extremos, cuya transicion es tan rápida en aquel clima y tan nociva. Cincuenta y ocho años despues de haberse plantado en Vega Real, permanecia la cruz del almirante en el mismo ser que el primer dia. No ménos que esto sorprendia á los isleños el verla de pié y respetada de los huracanes y las trombas (3); cuando los árboles e aún las casas caian por tierra á su alrededor.

La relacion de estos prodigios y las curas milagrosas atraian al sitio de la *Verdadera cruz* gran número de colonos, que invocándola iban en peregrinacion á visitarla; muchos cortaban con sus cuchillos pedazos de tronco, y siempre continuaba repitiéndose el prodigio de la renovacion; estos fragmentos los ponian en relicarios, y se llevaban á las demas partes de la Española, á las colonias del Nuevo-Mundo y hasta á Castilla, «permitiendo el Señor que sucediese en prueba del agrado con que miraba la piedad de los fieles, lo que habia hecho para confundir la sacrilega empresa de los indios: y así, durante muchos años, aunque continuaron

(1) Ibid, t. I, lib. VI, p. 479.

(2) «... la miraron con acatamiento y respeto y se humillaron á ella de ahí adelante.» Oviedo y Valdés, *Historia*, etc., lib. III, cap. V.

(3) «Así por sus milagros como porque jamas se pudrió ni cayó por ninguna tormenta de agua ni viento. Oviedo y Valdés, *Historia*, etc., lib. III, cap. V.

cortando pedazos, la cruz no disminuyó» (1).

Un milagro tan permanente, curas tan numerosas y tan grande concurso de peregrinos en la Concepcion, dieron á la fama de la *Verdadera cruz* notoriedad inmensa; y como la humana flaqueza se muestra siempre, parece ser que algunos clérigos, explotando la piedad de los fieles, recibian cuantiosas ofrendas destinadas á la *Verdadera cruz*; pero no las aplicaban con arreglo á la intencion de los peregrinos. No bien tuvo noticia del hecho el emperador Carlos V, mandó que el tesorero del obispo de la Concepcion cuidase de invertir las sumas percibidas para la *Verdadera cruz* en la manera y forma expresadas por sus donatarios; y en el año de 1525, para honrarla tambien, por su parte, dispuso se tomase, durante cuatro años, la cantidad de veinte mil maravedis de lo de las penas aplicadas á su cámara para ayudar á que el lugar donde estaba la Santísima Cruz se tuviese con más decencia y devocion (2), suplicando despues «al papa que, para conservar y acrecentar la devocion de fieles cristianos, concediese alguna indulgencia para los que la visitasen y ofreciesen alguna limosna (3).

Pero como en la carta del emperador no se hacia mencion del heraldo de la cruz, y se hablaba sólo de de una *crux* que se habia plantado cerca de la Concepcion, el pontífice, en su prudencia, no se dió prisa por acceder á los deseos de S. M.; porque la Santa Sede y los teólogos en general, no tienen gran confianza en los prodigios operados por indeterminada persona, ni tampoco creen en milagros hechos por varios, y porque el mérito y el poder que reconocen é invocan los filósofos alemanes racionalistas á la partícula *se* que gozó de tanto crédito entre los escritores del siglo pasado, no está reconocido aún en Roma. En efecto, en la historia del Antiguo Testamento no vemos un sólo milagro anónimo, y lo propio acontece en la historia primitiva del apostola-

(1) El P. Charlevoix, *Historia citada*, t. I, lib. VI, pág. 480.

(2) Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*, década III, lib. VIII, cap. X.

(3) Ibid.



do, advirtiéndose que, cuando por causas reservadas en los secretos de la divina Providencia el milagro llega á verificarse por varios, el nombre y calidad de esos hombres jamas se oculta, ni es un misterio; el plural puede siempre descomponerse en singulares distintos. Pueden ser los hijos de Aaron, los sacerdotes ó los profetas, los apóstoles ó los discípulos, los santos, las corporaciones religiosas, herederas de su espíritu; pero nunca el público, la multitud, la partícula *se*, quien produzca el milagro; porque si el Señor concede á una reunion de fieles, que le rezan en comunidad aquello que le pide, no por eso confiere un poder milagroso al anónimo. Dios hace entónces milagros *para* ellos, no *por* ellos; esto es lo que concede. Es indudable que se han visto milagros producidos en tal capilla ó cual altar, sin que nadie haya podido comprobar la causa, es decir, la ocasion personal, ni saber á los méritos de quién atribuir el favor recibido, pero no lo es ménos que, habitualmente, se alcanzan por *uno* los milagros que aprovechan á muchos. Sea de esto lo que fuere, Roma esperó con prudencia datos más exactos y extensos, y tal vez quiso dejar al tiempo que comprobase los prodigios realizados por la *verdadera cruz*.

Pero los nuevos descubrimientos de la América, las conquista de Méjico y el Perú, las expediciones de los portugueses en la América meridional é Indias orientales, hicieron que España descuidase algun tanto su primera colonia. Agréguese á esto que en los años sucesivos una causa del todo desconocida hizo cesar el prodigio de la renovacion de la madera, lo cual unido á la piadosa costumbre de cortar fragmentos de ella los peregrinos, hizo que fuese disminuyendo en tamaño cada dia. Sin embargo, su contacto continuaba operando milagros. Entónces, para protegerla de los peregrinos, dispuso el obispo de la Concepcion que se trasladase procesionalmente á su catedral, donde fué colocada en una capilla, en la misma que se hallaba por los años de 1535, cuando el cronista imperial Oviedo y Valdes, á la sazón gobernador de la ciudadela de Santo Domingo, escribia en ella el tercer libro de la

Historia natural de las Indias. Veintinueve años despues (1553), un terrible temblor de tierra destruyó casi en su totalidad la Concepcion, viniendo al suelo casi todos los edificios de piedra, incluso la catedral. Sólo uno pudo resistir: la capilla en que se conservaba la *verdadera cruz*. Observóse tambien que ninguno de los habitantes que tenian, fuese sobre sí ó en sus casas, partículas de la verdadera cruz, recibió la más leve lesion, por más que algunos se hallasen, pasado el accidente, bajo las ruinas (1). Y ¡cosa singular! los primeros amigos del heraldo de la cruz, los PP. franciscanos, que se hallaban en su iglesia en el momento de principiar el temblor, quedaron envueltos en los escombros, pero no recibieron mal alguno; y ¡cosa no ménos extraña y notable! la sola casa que permaneció en pié, fué el convento de San Francisco, cuyos religiosos poseian una partícula de la *verdadera cruz* de la Concepcion; y en la época en que el P. Juan Bautista Le Pers, tomaba en los lugares mismos las notas que sirvieron al P. Charlevoix para escribir su *Historia de Santo Domingo*, aún se veia sólo, dominando una ciudad deruida, el privilegiado monasterio.

Pasado el desastre, aquella parte de los habitantes que pudo salvarse de él, se diseminó por las inmediaciones, estableciéndose los que no quisieron alejarse mucho de la Concepcion, en un punto situado á dos leguas, al S. E., y que llamaron la Vega. ¿Qué fué de la *Verdadera Cruz*, entónces? Nadie lo sabe. El terrible trastorno que sufrió la localidad cambió todas las condiciones de existencia del país, y la sede episcopal de la Concepcion fué suprimida é incorporada á la de Santo Domingo. Además, el desarrollo que fueron adquiriendo las colonias del Darien y de Castilla de Oro, y el descubrimiento de las minas de Méjico y el Perú, distrajerón, á causa de su importancia, la atencion del Consejo de Indias, y la Española quedó casi abandonada á sí misma. Entónces, aprovechándose los ingleses de esta negligencia,

(1) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint Domingue*, t. I, lib. VI, pág. 480.